

**Cuerpo a tierra: escenas de pozos, trincheras y tumbas en la narrativa
boliviana de la guerra y posguerra del Chaco**

Cristina I. Fangmann

ILH

no hay territorio sin imaginario del territorio

André Corboz¹

Yo sólo soy un pedazo de tierra (Serú Girán)²

Según el novelista paceño Wilmer Urrelo Zárate, la Guerra del Chaco (1932-1935) sigue gravitando en el siglo XXI, con el peso de un trauma, sobre el corazón herido de los bolivianos.³ Aquella derrota frente a Paraguay, sumada a la pérdida del litoral marítimo en el Pacífico ocupado por Chile, y a la del departamento del Acre en guerra con Brasil a comienzos del siglo XX, es aún hoy fuente fluida (aunque turbia, añadiría Urrelo) de temas, imágenes, escenas y tramas en la literatura boliviana más contemporánea.

¹ André Corboz. *Ordine Sparso: saggi sull'arte, il metodo, la città e il territorio*. Milán, Franco Angeli, 1998.

² Serú Girán, "Encuentro con el diablo".

³ Wilmer Urrelo Zárate en su exposición sobre guerra y literatura en el marco del Filba 2013. El autor de *Fantasmas Asesinos* y de *Hablar con los perros* intenta conjurar ese trauma trayendo personajes de la guerra y situaciones dramáticas y extremas, que si bien se inspiran en la guerra tienen consecuencias en un tiempo presente, en la tercera generación que equivale a la de los nietos y nietas de los combatientes. Son ellos quienes se vengán de las conductas abusivas de sus abuelos militares en relación con los soldados indios o mestizos. Las narraciones de Wilmer Urrelo actúan, en ese sentido, una reparación y traen un sentido de justicia a las imperfecciones de la historia. Además de las novelas citadas, ver su cuento "¿Será este el momento para quemar a quien tanto temo?", en Sergio Di Nucci, Nicolás Recoaro y Alfredo Grieco y Bavio, *De la tricolor a la wiphala. Narrativa contemporánea de Bolivia*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2014, pp. 39-52.

Entre las imágenes y escenografías que la guerra real ha dejado, o que su legado y memoria han construido y forjado, he seleccionado para este trabajo un tipo de espacio en particular, vinculado a la tierra, y a los usos y afectos que los sujetos han ejercido sobre –y en- él. Me refiero a pozos, excavaciones, trincheras o agujeros. Literalmente, la tierra muestra, en estas perforaciones ‘antinaturales’, el absurdo de su herida.

Desde el cuento “El pozo”, relato emblemático de Augusto Céspedes entre los que integran el cónico volumen *Sangre de mestizos* (1936), que narra la experiencia real y repetida de la excavación de un pozo en busca de agua durante el Cerco de Boquerón, en una guerra donde más soldados bolivianos murieron por la sed que por las balas, hasta el pozo sacrificial y propiciatorio excavado en *Catre de fierro* (2015), la reciente novela histórica de la Spedding, antropóloga inglesa migrada a las Yungas bolivianas, en el arco se incrustan otras escenas que muestran un vínculo especial entre los sujetos y su tierra. Otro tipo de tierra en trance: un modo figurativo en que las escritoras y los escritores bolivianos reflexionan y tramitan los traumas de su historia y de su cultura.

Para los fines de esta exposición voy a elegir sólo algunas de estas escenas y aclaro que en esta ocasión voy a excluir ex profeso la rica tradición de la literatura minera. Obviamente en ella los socavones protagonizan el espacio subterráneo, y el trabajo muchas veces letal de los mineros que buscaron plata, estaño, wolframio o hidrocarburos constituye una parte fundacional en los cimientos de la nación boliviana como también en los sucesivos proyectos y programas de organización política, desde la colonia española hasta el actual Estado Plurinacional, pasando por la República proclamada en 1825.

Quiero centrarme en otros momentos y situaciones, que tienen en común esta relación particular de los sujetos, de los cuerpos de estos sujetos –inclinados, acostados y aún parados- , como he anunciado, en y sobre la tierra. La tierra va cobrando dimensión, desde su materialidad física –el polvo- hasta los sentidos más simbólicos: la tierra Patria (como el sentido que en inglés tiene *Land, Fatherland, Motherland*). De ahí llegaremos a la cuestión de la constitución –y a la concepción- de la nación boliviana.

I. Cuerpos inclinados: hombres cavando

Las primeras escenas seleccionadas corresponden al cuento “El pozo” de Augusto Céspedes.⁴ Posiblemente el relato más famoso de la literatura boliviana del siglo XX, o el más antologizado y difundido. Fue publicado inmediatamente después del fin del conflicto bélico, en 1936. Vale decir que su escritura es prácticamente contemporánea de los hechos narrados (entre enero del 33 a febrero del 34):

- “El calor se ha adueñado de nuestros cuerpos, identificándolos con la pereza inorgánica de la tierra, haciéndolos como de polvo, sin nexo de continuidad articulada; blandos, calenturientos, conscientes para nosotros sólo por el tormento que nos causan al transmitir desde la piel la presencia sudosa de su beso de horno”. (32-33)
- “... hemos recibido orden de continuar la excavación del buraco hasta encontrar agua. He destinado ocho zapadores para el trabajo... El buraco tiene unos cinco metros de diámetro y unos cinco de profundidad. Duro como el cemento es el suelo. (35)
- ...Los soldados, desnudos de medio cuerpo arriba, relucen como peces. Víboras de sudor con cabecitas de tierra les corren por los torsos. Arrojan el pico que se hunde en la arena aflojada y después se descuelgan mediante una correa de cuero. La tierra extraída es oscura, tierna. Su color optimista aparenta una fresca novedad en los bordes del buraco (35)

Este optimismo pronto se ve frustrado: cuanto más cavan, más seca era la tierra y la ansiada agua nunca llegaba. El narrador, oficial a cargo de la compañía, comparte también la experiencia de introducirse en el pozo y de cavar. Una forma de solidaridad con los soldados; una actitud que, de todos modos, no iba a zanjar las diferencias de clase:

“Para estimular a mis soldados he entrado al pozo a trabajar yo también. Me he sentido descendiendo de un sueño de caída infinita. Allí adentro estoy separado para siempre del resto de los hombres, lejos de la guerra, transportado por la soledad a un destino de aniquilación que me estrangula con las manos impalpables de la nada. No se ve la luz y la densidad atmosférica presiona todos los planos del cuerpo. La columna de oscuridad cae verticalmente sobre mí y me entierra, lejos de los oídos de los hombres.” (39)

Los soldados –sangre de mestizos- mueren defendiendo el pozo seco del ataque paraguayo. Sus cadáveres, pero también los de sus enemigos muertos, son arrojados al pozo. El oficial

⁴ Augusto Céspedes, “El pozo”, *Sangre de mestizos. Relatos de la guerra del Chaco*. (1936) La Paz, Editorial Juventud, 1973. Las citas corresponden a la antología, *Los diez mejores cuentos de la literatura boliviana*, ed. por César Verduguéz Gómez. La Paz, Plural, 2007, pp. 19-44.

herido termina en un hospital de campaña y para combatir el aburrimiento relee su diario de campaña, o sea, las notas que componen este relato.

Los hombres son cimientos reza la entrada del diario que lleva el oficial para el 16 de julio. Aún no habían muerto estos hombres, pero hacía tiempo ya habían dejado de ser sujetos, ya habían perdido la salud y antes, la razón. La entrada de ese día finaliza diciendo: “El abrazo del subsuelo ahoga a los soldados que no pueden permanecer más de una hora en el abismo. Es una pesadilla. Esta tierra del Chaco tiene algo de raro, de maldito.” (41)

En su ensayo *La Patria íntima* Leonardo García Pabón titula el apartado en el que analiza este cuento como “Un pozo imaginario”.⁵ El adjetivo nos lleva al epígrafe de André Corboz que he propuesto para este ensayo: “no hay territorio sin imaginario del territorio”. García Pabón explica: “Más que un cuento sobre la guerra, lo es sobre la interiorización afectiva de un territorio hostil y árido (...) la utilización del pozo como símbolo del Chaco es la negación de la vieja relación metafórica entre tierra americana y fertilidad proverbial”. La infertilidad alude también a la inutilidad de la guerra: no se encontró agua ni petróleo, “nada que justificara la guerra y ni el más mínimo elemento que todavía alimentase la ilusión de un territorio pródigo” (175)

García Pabón relaciona el poder simbólico del pozo con la fecundación de un nuevo sujeto social. A través del sacrificio, de la sangre mestiza vertida en el pozo, en la guerra, se funda la nueva Bolivia. (177)

La hipótesis que sostiene este crítico boliviano residente en Estados Unidos es que la literatura latinoamericana -y la boliviana en particular- intentan responder a la pregunta por la identidad nacional, concretamente, al interrogante “qué es ser boliviano”. El libro de García Pabón data de 1998 cuando estaban en boga en el primer mundo las teorías postcolonialistas. De ahí que el autor se apoye en textos de Homi Bhabha, de Benedict Anderson e incluso del polémico Fredric Jameson para sostener su lectura. Toma su título

⁵ Leonardo García Pabón. *La Patria íntima. Alegorías nacionales en la literatura y el cine de Bolivia*. La Paz, CESU/Plural, 1998.

–*La patria íntima*– de la novela *Felipe Delgado* de Jaime Sáenz, autor de culto para el ensayista, como lo es para la mayoría de los bolivianos.

De esa novela tomo mi segunda imagen:

II. Cuerpo acostado: una tumba abierta a la intemperie

Toda la novela *Felipe Delgado* es un gran cuestionamiento a la identidad: la del propio sujeto y la de la Patria.⁶

En ella la relación del protagonista con los espacios de encierro se suceden: la bodega, el hospital, los interiores de las casas... Pero la escena en que el sujeto entra en contacto físico con la tierra es aquella en que Felipe Delgado se acuesta en el interior de un pozo en la tierra en una finca de Uyupampa, y en actitud reflexiva, contempla el cielo. Una cuna-tumba abierta a la intemperie. Tierra que lo cobija, que lo ampara... la tierra es una contención del cuerpo frente a su propia locura, en gran medida asociada a la excesiva ingesta de alcohol. Arropamiento ante la actividad disparada de la imaginación. Como una cita del pozo del relato de Céspedes –ya que es justamente al final de la novela cuando se avecina la guerra del Chaco– un peón cae en el oscuro y profundo pozo del campo y Felipe Delgado desaparece. Cuando reaparece y es interpelado responde: “Yo vivo en esa concavidad”. Útero, cuna, trinchera en la que resiste el peso de su existencia, de la vida misma, tumba imaginaria, el pozo de Uyupampa condensa la diversidad de significaciones desplegadas en las más de seiscientas páginas de la novela más importante de la literatura boliviana del siglo XX.

III: Cuerpos parados: *los kuchus*

La imagen –e idea– de hombres como cimientos se vuelve real en la novela de (Alison) Spedding, *Catre de fierro*, publicada en La Paz el año pasado.⁷ Ya no son soldados pero la sangre siendo mestiza, si no india. Es la sangre de los marginales que habitan en las calles o en las bodegas más pobres de la ciudad, y que son secuestrados para ser sacrificados en

⁶ Jaime Sáenz, *Felipe Delgado*, Ministerio de Culturas y Turismo del Estado Plurinacional de Bolivia. Colección de las 15 novelas fundamentales de la literatura boliviana / Plural, La Paz, 2014 (2ª. Ed).

⁷ (Alison) Spedding, *Catre de fierro*, La Paz, Plural, 2015.

ritos urbanos. La creencia que sostiene que la solidez de un edificio nuevo depende de estas entregas, de estos sacrificios humanos:

El fondo del hoyo era pura tierra removida. Ellos estaban en el medio con una caja de cerveza, al lado de una mezcladora que estaba funcionando con gran ruido y un montón de escombros, pedazos de cemento y ladrillos rotos. Al medio de todo eso había un hoyo cuadrado, angosto, como un pequeño socavón. El Matías me ha indicado que yo descargue al borracho allí al borde, sentado, con sus pies adentro. El jefe ha servido la cerveza, un vaso lleno para cada uno. El Matías ha ch'allado las cuatro esquinas del hoyo. (...) Entonces el Matías y el jefe le han agarrado por los sobacos y lo han botado adentro de una vez, a lo parado. El Matías casi le ha seguido metiendo medio cuerpo dentro del hueco a chequearle.

—Sí. Está bien parado.

Al rato los albañiles empezaron a palear los desechos adentro, mientras el Matías agitaba una cerveza y lo destapaba para chisguetear espuma a todas partes. Después lo ha botado adentro, ha hecho lo mismo con otra botella. Y luego seguía ch'allando con el puro, mientras el jefe servía la cerveza lo más rápido que podía. Cuando el hoyo ya estaba bastante lleno, empezaron a vaciar cemento adentro, junto con los escombros, hasta que llegaron casi al ras de tierra. Han parado la mezcladora y los albañiles empezaron a palear tierra suelta, hasta que quedaba igualado con la tierra de los alrededores. Matías se sirvió el último del puro y tiró el litrero vacío a la oscuridad (13-14)

“El agenciador de kuchus” es el nombre del primer capítulo de esta novela de más de cuatrocientas páginas que pasea por la historia y la sociedad bolivianas de gran parte del siglo XX. Paradójicamente, es una inglesa -como Hudson- que se interna “tierra adentro” y retrata de modo ejemplar la *identidad* boliviana. Logro que comparte con otro “extranjero”, otro bolivianista, el argentino Alfredo Grieco y Bavio. Su novela *Plato Paceño* fue publicada también durante 2015 en la misma casa editorial -Plural-, de la misma Ciudad de La Paz.⁸ Ambos autores conocen profundamente la cultura, la política y la sociedad bolivianas. Se sumergieron en la vida del país y como dice Luis Antezama, saben “oir” el habla de la gente.⁹

La primera decidió abandonar las comodidades y ventajas del primer mundo y se fue a vivir a las Yungas, a compartir la experiencia cocalera y “se hizo” campesina. Estuvo presa en una cárcel de Bolivia y terminó durmiendo, como su personaje Nemesio, en un *catre de*

⁸ Alfredo Grieco y Bavio. *Plato Paceño*. La Paz, Plural, 2015.

⁹ Luis Antezana J. Prólogo al libro de Javier Sanjinés *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*. La Paz, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, ILDIS- Fundación BHN, 1992, pp. 11-18.

fierro. La cárcel, como el pozo, representa otro espacio de encierro y opresión. Otro contacto con el interior (la intimidad de la patria), el corazón mismo (o microcosmos) de la injusta sociedad.

En el pozo de la prisión, entre sus paredes húmedas y su mugre todo se sabe, todo se dirime y negocia. Como sucede en otra prisión: la que inicia la novela de los hermanos Loayza, *De kenchas, perdularios y otros malvivientes* en la que otro campesino, Hinosencio, cae preso por ingenuo y comienza su aprendizaje urbano en esa gran escuela de delincuentes que es la cárcel.¹⁰

Inclinados, parados o acostados, en la literatura boliviana, el cuerpo es el instrumento privilegiado para conocer el mundo: es cifra y símbolo, pero, como para los mineros que he excluido por el momento, es la primera herramienta para la exploración material y cognitiva del primer obstáculo y el primer medio de y a la supervivencia y cultura humanas: la tierra, la roca. La Pacha Mama es tan generosa como exigente: sólo revela sus secretos y frutos, parecen indicar estas novelas, a quien las trabaja con el contacto y la fuerza de sus cuerpos.

¹⁰ Hermanos Loayza (Diego y Álvaro), *De kenchas, perdularios y otros malvivientes*, La Paz, Editorial El Cuervo, 2013. En Argentina se puede leer un capítulo en la antología ya citada *De la tricolor a la wiphala. Narrativa contemporánea de Bolivia*. Buenos Aires, Santiago Arcos Editor, 2014, pp. 85-99.